

CATEDRÁTICO.- ¡Si a todos nos moviera el constante anhelo de aminorar, acendrando y transmitiendo trabajo y vocación, el mani-fiesto rezago de la literatura española!

LECTOR.- ¿Colaboraríamos “nosotros”?

NOVELISTA.- Unificados se hallarán los que al lenguaje y a los dilemas del ser y del convivir, y del trascender, se remiten.

CRÍTICO.- Redactaré un comentario alusivo. Sintomáticamente, el cónclave lo merece. Todavía no cierran mi página en el jacarando-so semanario.

CATEDRÁTICO.- Al desayunar, lo juzgaremos. Seremos cor-diales, influirá el momento, de añadidura.

NOVELISTA.- (¡La escena se presta... Nuestra bióloga obser-va, inquisitiva, pícaro el mohín. ¿Se me desdibuja –arrugas, años, ceños, silencios- el rostro del lector?. El catedrático adopta un gesto meditativo, melancólico. Brillan los ojos del periodista. ¿Seré capaz, a solas, de reflejar lo que, intelectual y emotivamente, ha sucedido?).

Al cabo de breves adioses, convenido el próximo encuentro complementario, marchan sueltos. Arañaron unas incógnitas. Tres puntos suspensivos, cuatro de marzo, suman siete. ¡Aleluya!

ANDALUCÍA. MESTIZAJE, ESPAÑOLISMO Y UNIVERSALIDAD (1981).

El hecho de que en el marco general de una vida claramente marcada por la Constitución actual, nuestro pueblo haya logrado el respeto a la voluntad de la propia gestión que tan inequívocamente, y pese a obstáculos repudiables y conexas lindezas, manifestará el 28 de febrero –la significativa coincidencia del inicio de las actividades (ciclo de conferencias en curso) del Instituto Cultural Andaluz, funda-do en Madrid por la cálida “otredad” andaluza, que, con aditiva pecu-

liaridad nos caracteriza...- amén de la confluencia de la publicación por la Cooperativa Editorial EDISUR, de Sevilla (inspirada, alentada y sostenida por Fernando Álvarez Palacios, Francisco Vélez Nieto y sus encomiables compañeros en la noble empresa) de la importante y oportunísima obra panorámica HACIA UNA ANDALUCÍA LIBRE, en la que participamos cuarenta autores, abordando bajo este enunciado genérico, temas y problemas de libre elección e incondicionado tratamiento, pero que abarcan desde las más acuciantes cuestiones de índole económico-social, al plural enjuiciamiento, que también estimo indispensable se conozca y difunda, que se ocupa de aspectos y esencias intelectuales y culturales que nos afectan, todo ello en refrendo de la definición editorial que EDISUR “pretende llevar al conocimiento de mayor número de andaluces, textos relativos a situaciones ‘vivas’ que vayan planteándose en torno a cuestiones verdaderamente importantes para el presente o futuro de nuestra propia historia electiva”...- al igual que los dos primeros tomos, ya circulantes, de la *Historia de Andalucía*, trascendental investigación de diecisiete investigadores, que se lleva a cabo bajo la experta y rigurosa dirección del admirado especialista y académico, don Antonio Domínguez Ortiz, que vendrán a infundir clarificación y repercusión “en un terreno donde queda aún mucho por explorar”, según recientes declaraciones del autor, con Bernard Vicent, de *Historia de los moriscos...*

Sí, esta convergencia, cuadrangular, determina la serie de motivos para que debamos plantearnos, como previo elemento orientador, la recapitulación, en un momento globalmente histórico, de nuestra personalidad, conciencia y de nuestro destino.

Un acto de gentileza amistosa y quizá de cordial deferencia a la tercera edad, a la que ostensiblemente pertenezco, y hasta sobrepaso, han originado la presente encomienda, en cierto modo derivada de la suelta conversación a que me condujo Manuel García Viñó y que avancé añejas preocupaciones mías, diálogo que figura en la

revista *Tierras del Sur* (10 de mayo de 1978), encargo éste, y ahora, para mí tan comprometido y honroso. Y, que, sin dengues, formularé a manera de propuesta “conceptual” y sugerencias de explicación y reflexión. De conseguir, en equis circunscrita medida, que al examinar nuestra naturaleza nos entendamos mejor y procuremos que los demás, aquellos que tópicamente miran lo andaluz, y a los andaluces, lo entiendan, lo capten más cabalmente, estaremos exculpados.

He de apuntar, pues se resumirá a la cuenta argumental, que en el trance a que se me invita, y vuestra atención demanda, y agradece, ha tenido asimismo arte y parte, supongo, la circunstancia, para lo entrañable andaluz, de mi cualidad de escritor libre, desvinculado de cualquier parcialidad, y de mi larga vividura en la América de hablas españolas, signada, además, por un exilio que en atención a su matriz ideológica, utopista en la rúbrica, imbrica hoy perspectiva singular, profunda, “distinta”.

Para desvanecer suspicacias residuales, enfatizo mi absoluta independencia a las misceláneas servidumbres banderizas y de cualquier sumisión a cenáculos literarios y fulanistas, y considero, particularmente, un mal colectivo, que todavía parece inevitable, el Poder, con horrisona mayúscula, al que, en lo individual, soy alérgico. Ambas incidencias, incompatibles con mis formas de existir y de expresar una escritura.

Por las razones e idiosincrasia sumariamente expuestas deseáramos conectar con los andaluces, de aquí, de allá y acullá, que acogen la actual oportunidad histórica con grave sentir de sus responsabilidades, sin prematuro ánimo festival, sino con voluntad de colaboración y laboreo, capaz de suscitar un programa y comportamiento hondos, “jondos”, a tenor y sabor de nuestro cante, en la que la gran mayoría se sienta, ¡al fin!, interpretada, implicada.

A tan cimero objetivo ha de impulsarnos la renovada y regenerada noción de lo que fuimos, de lo que podemos reclamar y de lo que estamos obligados a traducir en aportaciones. Asimismo, en

qué ha de consistir nuestra querencia de futuro, en qué directamente o por delegación manifiesta (cada uno habrá de elegir, confirmar o revocar), debemos contribuir a la suma de propósitos y decantados albedríos, perseverantes, sin los cuales no se realizarán, en Andalucía, ni libertad ni sociedad.

Lo que enunciado, antecedió, nos orilla a la máxima pregunta ontológica que a los andaluces ha de aplicarse:

¿en qué radican nuestra tipicidad y nuestra diferencia,
qué relación hay de causa a efecto?.

En primer término, -y la metodología y la fruición deterministas de Hipólito Taine no habrían encontrado jamás un caso, “ad hoc”, de comparable suculencia-, Andalucía ha sido, siempre, el escenario geográfico más propicio a la intercomunicación, encuadre el suyo multifronterizo, que relievra Domínguez Ortiz: negación especial del huero aislamiento. Son verdades elementales, casi obvias, pero en las que no se suele reparar cumplidamente y que se relegan en complejas amnesias.

Veamos el enclave, en-clave, de Andalucía, según el mapa del infatigable y vocacional federalista y comunero segoviano, mi fraternal colega en andanzas del destierro, Anselmo Carretero (separata del Apéndice de *Los pueblos de España*, desprendido de su estudio “La cuestión de las autonomías”).

Aparece ahí Andalucía en dibujo de “contrafuerte” ibérico, base donde descansará, en notable porcentaje, la “sustentación peninsular” puesto que, además de apoyarse simbióticamente en el remate marítimo de Portugal, revela en uno de sus balcones, septentrional y lateral, la verticalizada osamenta de Extremadura. Terraza es de la Mancha novo-castellana y máximo pespunte, hacia Levante, de la Murcia feraz. Al Sur, nada menos que de dos mares egregios, para emplear el aristocrático calificativo orteguiano: tendido frunce atlántico, amplio y elegante escorzo mediterráneo. Y en el “centro”

del “Mediodía”, aquel holgado mirador, de abiertos brazos, sobre el Estrecho, hacia las puntiagudas ascensiones de África.

Conjunto zonal, estructura premonitoria, permanecida: lo perdurablemente limítrofe, cruce de caminos, viales intersecciones, extensa plataforma, pues, para la conjunción tricontinental, “triteológico”, espiritualmente de abundosas dimensiones. Algo de aún preñado misterio intuyó, canónicamente, Ángel Ganivet, refracción hispánica del patético escultor de su alma, granadino y suicida autonomásico, que no acabó de ver y topó con el esguince eclesial de la “inmaculada concepción”.

Pero recobremos el hilo que nos lleve a no simplificar, ni siquiera por la tentación sensual de las imágenes, la compleja incógnita de Andalucía y que nos encamine a categorizarla como un paradigma del mestizaje... y de lo que es susceptible de proporcionar su venturosa sedimentación.

Ya surgió el en-clave, la palabra clave, el vocablo del conjuro, lo definitorio de nuestra condición e inmanencia. Por muy disyuntivo que alcance a ser tal entrevero de sangres y verbos, de peripecias, de infortunadas memorias y opresores sistemas y mentalidades esclavizantes, o de gratos recuerdos, el desligarnos de su dilema, de su si-no, al no asumirlo creadoramente, eludimos nuestra contingencia de identidad y anulamos los motivos –racionales y temperamentales– que a superación ha de movernos. Cuando las almas indivisas, y su conjunción comunal, no sueñan, no fermentan en deliquio, resulta quimérico transformar la realidad inhóspita y adversa.

Desde los prismas francófonos y anglosajones la palabra “mestizo” –métis– y mestizaje, por expresión de latinidad, han sufrido un secular uso peyorativo, despectivo, e incluso viene a ser sinónimo de infravaloración, que ha irradiado proporcionando un tremendo acomplejamiento en sus protagonistas–víctimas.

Sin embargo, una inmediata y ágil perceptividad –que va de lo biológico a lo histórico– previene de lo insalubre e infecundo de la en-

dogamia, en su muy diversa fenomenología. El andaluz lo ha captado y lo aprehende siempre, quizá por instinto, por hereditaria sabiduría, desprovista de codificaciones y de marchamos circulatorios.

En la asunción y formulación del mestizaje constitutivo han de radicar nuestra fuerza moral, las pautas de conocimiento, indispensable incluso para acometer la solución certeza de las mentalidades hoy más angustiosas.

Y es, opino, para lo andaluz algo apriorístico, casi voz visceral, que las civilizaciones marítimas que en sus riberas al País Andaluz han moldeado –la mediterránea de mayor circuito y africano trasfondo; la atlántica, reducida, pero emplazada con eficaz oblicuidad, al Nuevo Mundo- tienen en su óptica una línea de continuidad que las complementa dinámicamente.

A través de su confluencia, los andaluces inventan –adopción de mitos y fábulas, sentenciosos decires, despliegue imaginativo- América, según el concepto-guía de la obra que acredita al ilustre ensayista e historiador mexicano Edmundo O’Gorman. Y se penetran con ese mágico macrocosmos, al punto de que al hallarse, y sobre todo al radicar en naciones del Nuevo Mundo hispánico, advierten que les ligan a uno y otro confín, según mi experiencia y fijada emoción, el más irrenunciable de los cordones umbilicales.

Y no se asocia la instructiva recurrencia que el oro, procedente de “Indias”, antaño, (y que las castas privilegiadas, con la venía y complicidad de la Monarquía extranjera que nos tocó en desdicha, malversó en importación de manufacturas, más suntuarias que necesarias y que la decadencia productiva interior ocasionaba) es inseparable de la irritante contrapartida de que los trabajadores, mayoritariamente andaluces, impelidos a emigrar y laborar en la Europa del mercomún hayan sido principales mantenedores de un embaucador y efímero “milagro económico”. Oro de Indias, expolio del Imperio; oro de Indias, esfuerzo moderno de nuestros obreros en los países del Viejo Occidente, en beneficio directo de los estamentos parasita-

rios y dictatoriales y de los rebozados usufructuarios, aquí, muchos con su 600 en ristre, de la actualizada “sopa boba”.

Si el accidentado y doloroso trasiego de culturas e invasiones que han tenido por principal ámbito las comarcas, villas, pueblos y ciudades de Andalucía, a lo largo y ancho de los siglos medievales y próximos, que nos esculpen, alcanzan su grado máximo de tensión en las “cruzadas”, en las llamadas “guerras santas”, si bien muestran márgenes –atmósfera y paisaje, genio y figura de nuestras gentes, asimilaciones y convivencias, plétora de gloriosos ejemplos y monumentales constancias- el precio ha sido carísimo e hipotecador para el pueblo andaluz: estructura de explotación humana, rebrotes de discriminación, contrasentidos y desafueros económicos. Que importa no olvidar para fundamentar en más eficaces, válidos y justos cimientos, la Andalucía que al tiempo en curso y a la factible plenitud corresponde.

Y una de las lamentables herencias –social, personal, extensa e íntima, que camaleónicamente puede resurgir, hasta con lenguaje y ropaje dizque democráticos- es el señoritismo, no circunscrito a la esfera andaluza, sino que priva en otras nacionalidades y regiones de las Españas. Pero allí, en nuestra demarcación, a los andaluces compete la tarea *profiláctica y educativa* que erradique esa vieja lacra, es su sueño. ¡Sería un magnífico ejemplo de alcance nacional!.

Es curioso que las interpretaciones que en torno a Andalucía han proliferado, por parte de españoles y extranjeros, de filósofos y pensadores, en los repertorios de glosas y apostillas y cuadernos de viajeros ilustres y perspicaces, no comparezca la primacía del mestizaje, al que sólo se refieren de manera incidental y transitiva. El maestro Ortega y Gasset, sin ir más lejos, nota que no es el prurito de “heroicidad”, matriculada y gremializada (que contra nuestros antepasados la aplicaron “imperialmente”), lo que como colectividad nos distingue, sin advertir que la flexibilidad andaluza –la metáfora del junco y el viento bien podría ser nuestro lema...- es la natural

defensa y viva noción de su personalidad ante una suma incesante de irrupciones y de impositivos procesos deformadores. Eminentes analistas descubren que somos una “raza fina”, resultante, deduzco, cuando lo evidente radica en nuestra negación vital de ese concepto zoológico o hípicamente dosificador. Se pesa al vuelo que padecemos o practicamos un “narcisismo colectivo”... Y en lo que respecta a etiquetarnos la pereza como ideal, y en tanto que estilo de cultura, ¿no es el arbitristo o leyenda que siempre conviene a los “conquistadores” para su “plausible” dominio de la “población indígena”? Y al aseverar, por diferente portavoz, que “Andalucía es poco dramática”, ¿no se atienen a lo epidérmico y quizá ceremonial e ignoran las concretas “situaciones” trágicas, desesperadas en la cotidianidad, sin unos aspavientos que por convicción rechazamos?. Nuevamente, la raíz conflictiva de inquirir existencial, por ello, el mestizaje en tanto que signo capital y caracterizador de Andalucía, reivindicamos.

El comercio mediterráneo, desde los albores de la Historia, y las cruzadas monoteístas (en nombre de Cristo, por mandato de Alá, la judería –Yalvé- dentro de la misma coordenada: tuvo que sortear, numéricamente inferior, esas beligerancias, y al borde estuvo de completa integración, de no fraguarse, a costa de chivo expiatorio y con profusión de paños, difamaciones y mandobles, la forzada unidad de España, que abordó la igualitaria confederación de sus pueblos) (marcan la reiterada tónica, discontinuada por gloriosos períodos de distensión y fecundísima convivencia). Factores disgregadores y aglutinantes, de modo alternativo, que pautan al mestizaje andaluz (¡nada de “cristianos viejos”!), que es confrontación y cópula de sangres, de razas –en mundo plural- y de estela de civilizaciones y de “modalidades” culturales.

Andalucía, como tal, en este accidentado y en ocasiones abrupto transcurso, y para la configuración de las Españas, no ha desempeñado nunca un papel consultivo, y menos aún decisorio, cuando por su pasión y expiación mestizas podía y debía haber coadyuvado,

dada su comprensión consustancial de las diferencias y su sentido de las afinidades germinales, a crear la nación de las naciones que nos cumple componer, en vez de pugnar durante décadas, defensiva y aisladamente, por eliminar atrasos, injusticias y penurias que, hasta cierto grado, inciden en el desarrollo tercermundista.

El conocimiento convivencial, merced a un prolongado coexistir de los países iberoamericanos, primordialmente de nuestro origen e idioma, determinadas y numerosas concordancias de acento y talante, la reflexión de España, de las Españas, desde el exilio, me instruyeron –tal la aprehendida cosmovisión- de que los andaluces no habíamos desentrañado, respecto a nuestro ser y estar el “sentido” de la tierra de nacencia, nuestro Sur, teóricamente patrimonial, ni su casi preceptiva relación parcelaria con todas las naciones del río Bravo a la zona austral. Sí, ignorábamos o soslayábamos o nos ocultaron, embadurnándolo, el radical mestizaje que encarnamos.

Cabe apreciar, en el decurso histórico de Andalucía y en la posterior y un tanto emparejable cristalización de la idiosincrasia y el quehacer y harto indicativas abstenciones iberoamericanas, netos paralelismos, sólo diferenciables, en última instancia, por un módulo temporal y la disimilitud espacial. Un mayor acervo de los siglos, el del Al Andalus, si bien no disminuye, “per se”, presiones y agresividades fundacionales, atenúa, suaviza, desvía los crudos dilemas que alumbraron y perfilaron una existencia y engendran una especie de hipnosis, una suerte de somnolencia. En el caso de nuestras complejas fraternidades con Ultramar, juega, y relevantemente, su vastedad ambiental –intrincadas selvas, cordilleras abismales, los inacabables horizontes de las sabanas, alucinantes altiplanos y mesetas, una fluvialidad que con los mares se confunde-, mientras que en Andalucía, que ahora podremos llamar nuestra –labor y racionalidad, firmeza y tenacidad mediante- las proporciones, más asequibles, más conjugables, más finitas y prestas a modelación, deparan mayores de-cantaciones de armonía interior, que es capaz de asimilar y captar lo exterior.

Pero los dos emplazamientos –similares por la desigualdad que los ha condicionado, atemperado el nuestro, extremoso más sorprendentemente hosco el hispanoamericano- responden e idéntico origen, parcial, de “Conquista”, de asalto histórico y cultural, que recuerda el acto sexual de violación, que estremece y tatúa a seres y comunidades, lo que para Freud pasó desapercibido...

Individuos y sociedades que tienen el denominador aglutinante de que fueron engendrados por la violencia, a resulta de una coerción aún más implacable y ácida al torcerla sustratos y nominalismos de carácter catequístico o meramente fanático. Y, en consecuencia, infligido el trauma queda, como legado espiritual cancerígeno, una caracterología de urdimbre irresoluta, “esquinada”, y una estructura socio-antropológica que chirría de escaseces y sujeciones.

El mestizaje, siendo pendular humano de vivificante intercambio, de simbiótica contrastación, constante latencia de la procreación violenta, infunde un sentir y querer de índole conflictiva. Allende con rasgos amargos y angustiosos en los momentos –jubilares, de enajenación y embriagueces- que desorbitan el choque sádico-masoquista de las encontradas sangres y encienden los posos turbios de la inmanente memoria... Aquende, con un mayor margen de sedimentación, transformado, Andalucía a través, a veces, de fatalismo y en una serie de muecas escépticas y lúdicas.

La dialéctica –perdóneseme que apele a término asaz sobado y que urge autenticar- del mestizaje, a la luz de Andalucía y de Hispanoamérica, de sus avatares, bases y derroteros, implica una dilatada y ahincada meditación, que aún requiere “su” tiempo, allí, y aquí ha de movernos a voluntad de síntesis, dado que lo difusamente dilemático y frustrado que nos embarga sólo puede “resolverse” con las tareas simultáneas de practicar la libertad que en la inteligente y justiciera transformación de las realidades deplorables ha de asentarse, y de “trascender”, su función, misión y devoción de la solidaridad, de alto servicio.

Porque, España, las Españas, precisan de Andalucía, en la profunda remodelación nacional, de confederativa médula, que habrá de efectuarse, a partir de la visible o embozada mentalidad centralista, autoritaria, caciquil y coyuntural, de chapuceriles mañas que ojalá se extirpen, de solapado desprecio y estupendo analfabetismo de nuestra trayectoria histórica y de las virtudes populares.

Para ayudar a concebir, generosa y fehacientemente, la imperativa vertebración –y la palabra misma presupone pluralidad- de España, y contribuir, y no sólo por vía de “transacciones” y retardados oportunismos, a la positiva labor de “entendimiento” y “cohesión”, en escala y acepción públicas, la aportación de Andalucía habría de ser de extraordinaria significación.

Al valorarlo, ni por asomo se pretende privilegio alguno o particular dispensa, aunque inefables fueren, para Andalucía, en el próximo y todavía emborronado conjunto hispánico de estas calendas.

No, pero lo que sí concierne a los andaluces es cultivar un clima de general concordancia. En virtud de unos principios humanísticos de aplicabilidad española, para que hasta pueriles parezcan las torpes y anacrónicas demagogias que en resentimientos unilaterales hurgan. O que de surgir algún intento especulativo, de cualquier orden, el entorno ético lo señale y descarte.

La alharaca de rencorosa procedencia, el pertinaz contrabando de las intimidaciones... indirectas, artimañas y apaños, en puridad inconfesable, son los dos “juegos” que alardean la listeza y que se muerden la cola. Mientras no se discierna, actuando consecuentemente, que nuestra suerte es ya, a medio y largo plazo, indisoluble y no acotable, de las contiguas, catastróficos resultarían, para todos, la insolidaridad y los arbitrarios desniveles. Pues no se trata de retacear el progreso de las nacionalidades y regiones más desarrolladas, sino de alcanzar, mancomunadamente, altas evoluciones.

Es una gran tarea política y económica que exigirá sagaces y tenaces prestaciones, intenso y extenso esclarecimiento. Pero ello

exige, asimismo, fundamentalmente, una labor pedagógica, reeducadora, en la que la conciencia del mestizaje andaluz –lejanos ancestros, indelebles huellas árabes y judías, injertos vasco-castellanos, discriminada comunidad gitana- sería uno de los enlaces más preciados. Útil para los demás pueblos de España, incentivo de la particular utopía que la sensibilidad de los sureños desprende. Y de la que tenemos ricas muestras en los movimientos que ha avizorado, acogido y expandido. Por ejemplo, a subrayar de nuevo la tan ensalzada generación del 27: magnífico triángulo poético, literario, de Sevilla –su Ateneo-, Granada (círculo en torno a García Lorca, Manuel de Falla, Fernando de los Ríos, el canónigo luego exiliado López Dóriga), Málaga, con la inolvidable y hospitalaria revista “Litoral” que capitanearon Emilio Prados y Manuel Altolaguirre.

Con este objeto, la articulación estatal, anímica y conceptual, de España, de las Españas, co-inspirada por Andalucía, nunca prurito monocorde, requiere que ésta disponga de “sus” derechos, instrumentos y atributos, en trance de probar que merece el autogobierno, *que sabe verificarlo. Y que, de consumo, trasvasa el empleo de sus facultades y voluntariedades a la reconstrucción nacional, que debiera ser sereno diálogo y coordinado, equitativo esfuerzo de los pueblos ibéricos, en la fortuna y en la adversidad.*

Según los predicados antedichos creo firmemente que aún le sobrarán energías, entusiasmo y capacidades, a los andaluces-españoles para proyectar su hospitalidad y afán formativo de capacitaciones intelectuales y artísticas hacia las naciones de Iberoamérica. Propiciamiento geográfico y predestinación histórica colocaron a la occidental Andalucía, sobre todo, como polo de atracción y expedición de la antigua ruta de Indias. Antaño sede tangible de aquel Imperio, flujo y reflujo de sus vaivenes, desembarque de sus “naturales”, cesó el dominio y en aquellas orillas atlánticas el mestizaje andaluz habría sembrado fonética y receptividad, vivaz actitud igualitaria. Y ahora, al cabo de tanta vicisitud y de múltiples pugnas, aledañas,

los iberoamericanos que visitan España –referencia fervorosa y conmovedora- se hallan de inmediato, al “recalar” en Andalucía, como en su lar: sutil prestancia del paisaje, espontánea y recepción cálida de las gentes. Aunque se hable con la cortesía y respeto del “usted”, unos y otros, de labios adentro, emplean un digno y cordial tuteo.

Muchos son los antecedentes modélicos de la inclinación hispanoamericana que distingue el mestizaje andaluz. El historiador mexicano Gastón García Cantú resalta en su prestigioso tratado que el espíritu de las Cortes de Cádiz ha representado valiosísimo impulso de las transformaciones democráticas de América. El insigne criollo limeño Olavide –discúlpese lo que en ello influya el apego localista-, que es uno de los principales exponentes del despotismo ilustrado, al instituir las fundaciones, y su centro, mi natal la Carolina, aseguró la comunicación de Andalucía y Castilla, acto lúcido y cada vez más válido de “unión” e intercambio, una de las piezas maestras de la España contemporánea. Y es de Andalucía, gracias al círculo fundado y orientado por Olavide en Sevilla, de donde parte la reforma universitaria que prescinde del corsé teológico y dogmático para incorporar a nuestra patria a la enseñanza superior moderna y conserva iniciática vigencia su estudio de la agricultura, acerca de las condiciones andaluzas de la propiedad de la tierra y de su conexión con la productividad, trabajo inserto en el famoso informe de Jovellanos. Me consta que son hechos conocidos, pero no huelga recordarlo, con la finalidad, que no empiece el legítimo enfoque crítico, de que incluyamos en el “capital” de las admiraciones vigentes, vivificadoras, que integran la mejor de nuestras heredades, todos aquellos claros varones y templadas mujeres del Sur que lo merecen y que pondremos a olvidar.

Tan plausibles empeños tras la afirmación de las potencialidades de nuestro mestizaje, y del españolismo de próxima perspectiva confederal que los logros de la plena autonomía andaluza (su capacidad de autogobierno, insisto, su entrañable interés por conse-

cuencias análogas en las nacionalidades y regiones en que el país ha de remodelarse) nos conducen y proceden de las ideas y sentires de universalidad que palpitan, por veces confusamente, en nuestra vida colectiva y en las raíces y ramas de la cultura que en Andalucía son también, combinadamente, causa y efecto. Aventurado y hasta impertinente estimaría de mi parte especificar la propia opinión, ahora, o prohijar ajenas definiciones o escorzar una propuesta de decálogo. A la dignidad estoica invocamos en las coyunturas que someten a prueba la entereza del ánimo, secreto tejido de una laica religiosidad. Los subrayados de una conducta de trazos sobrios, alternan con la omnipresencia de los gozos, singularmente los artísticos, compartidos, porque cuando se aferran al privado disfrute se nos antojan repulsiva obscenidad.

Andalucía accederá a su genuina naturaleza, independiente y solidaria, e incompatible con la nudada violencia, a delinear sus versiones de españolismo e iberoamericanidad y universalidad, por tanto su humanismo, que el mismo pueblo aliente y adopte. Habrá de hacerlo con inevitable retraso y acumulación de dramáticas prioridades y en una etapa histórica, nacional y mundial, de las convergentes crisis de la sociedad de consumo y de los regímenes estatales absolutos, sea cual fuere la ideología exculpatoria que aduzcan para “prevalecer”.

(Y ha de advertirse, preceptivo el paréntesis, que al haber destacado la inclinación y aptitud iberoamericanas de Andalucía, concebimos su aplicabilidad vicaria sólo en virtud de un “acuerdo” con el Estado, capaz de apreciarlo como “elemento cualitativo”, práctica e institucionalmente, de su política exterior, en lo que atañe a la cultura, exenta de los servilismos y oportunismos que se escudan en lo pseudo-diplomático, y para intensificar las relaciones humanas, principalmente las de directo tono).

Absurda, demencial, pretensión sería decretarnos, en algún grado, el “pueblo elegido” que ha de llevar la buena nueva de su

estilo vital y de sus ideaciones ético-estéticas a los cuatro puntos cardinales. Sin embargo, en el ordenamiento de esfuerzos, en la visión de porvenir que el más moderno hacer colectivo debe acarrear, estas nociones de índole ecuménica, desde la mera individualidad, son indispensables para evitar el pecado de aldeanismo.

El dilema acaba de plantearlo, en la ya citada obra colectiva “Hacia una Andalucía Libre”, mi joven coterráneo Manuel Urbano, el amigo-poeta, y me cumple citarlo nuevamente, al final de su trabajo *“Liberalización y reconstitución de la cultura andaluza”*, en estos términos:

“Concluyo con la misma interrogante con que iniciara la colaboración: sabemos si estamos dispuestos los intelectuales al rastreo, búsqueda y definición de nuestra cultura, huyendo tanto del nacionalismo estrecho como del universalismo imitador; algo que, a mi entender, constituye en estos momentos un auténtico desafío histórico”.

Incuestionablemente “desafío histórico” es “indagar”, “buscar”, “rastrear” y, modo siempre provisional, “definir” nuestra cultura, la “cualidad modal” interpolaria que como tal deja de serlo al angostarse, agostarse, en un nacionalismo con algunas tildes de inflación y artificio, o en ese universalismo que yo llamaría mimético, al adjetivarlo, y cosmopolita al sustantivarse. Pero, en mi opinión, el cometido de “configuración” cultural aunque exija más de los intelectuales, incumbe al pueblo entero, en sus diversos estamentos, pues de lo contrario su obtención y beneficio y cauce continuarían siendo jerárquicos, índices de exclusión.

Cuando el hombre y la mujer “corrientes” se sitúan de manera marginal y marginada ante la cultura, no la sienten y piensan –letras, artes, ciencias, “humanidades”, razonar emancipado o que tiende a serlo– como exigencias nutricias de sus vidas, el saber se anquilosa en sectores especializados, rayanos en el ejercicio esotérico. Reparemos en lo que alrededor y en nuestra contemporaneidad

ocurre: el abismo que han cavado los medios de comunicación, por la especulación de la imagen irrestricta y la manipulación de los instintos, se ha profesionalizado en algunos aspectos mercenariamente a los intelectuales y artistas y sume en la perplejidad y en el ocio corrupto a los seres “comunes”, a los que se reduce a ser sólo receptores, “destinatarios”...

... La tríada de Andalucía –mestizaje, españolismo, universalidad- que como propuesta de conjunta reflexión he intentado bosquejar, a guisa de introducción, desemboca ahora en el quehacer de los andaluces residentes, afincados en la tierra que ha de ser suya, de modo virtual. Instancias políticas, escalas organizativas, parámetros económicos, dinámica social, resurgir de voluntades, facultad determinante, les corresponden por entero. ¡Qué acierto, firmeza, tacto y perseverancia les sean propicios!

En cuanto a los “otros andaluces”, nosotros, los que por varias razones y sinrazones, circunstancias, pasividades y azares nos desenvolvemos “fuera” del lugar de nacimiento y crianza, ¿nos es lícito, acaso, a reducirnos a tesitura de espectadores? ¿Cómo podemos y debemos, sin interferencias ni condicionamientos, ser útiles para Andalucía?.

En primera juventud algunos nos trasladamos a las capitales decisorias, mor de los centralismos, en lentos y sueltos desplazamientos. De carácter masivo fueron estos desarraigos durante la guerra civil (terribles peregrinaciones, indelebles, de Málaga y Almería). Más aquellos del exilio político, republicano, de 1939, diáspora por los cinco continentes, y a los que después obligadamente emigraron a vender su fuerza de trabajo en Madrid, Barcelona, Valencia, Bilbao, etc. Y considerablemente a los países del mercomún europeo, los autores, con su sacrificio, del “milagro español” y que retornan y han vuelto en condiciones desalmadas de indefensión e inseguridad, núcleos urbanos que una Andalucía reorganizada acogería... En ellos se cifra nuestra inquietud y nuestra esperanza.

Los “otros andaluces” que nos dedicamos a profesiones liberales e intelectuales de diverso y amplio espectro, que hemos anclado en toda la geografía española, de las tres edades, anhelamos cooperar al renacimiento de Andalucía. De nuestra disposición depende y a la verificación del País Andaluz –en el difícil, comprometido y trascendental autogobierno- habrá de ajustarse.

Allá enclavados o aquí descritos, con derechos ejercidos a depositarios de un modo y concepto de vida, unos y otros representación de diversas sangres y culturas que en las Españas, con aspiración de universalidad concurren, nos cumple la extremada responsabilidad de recrear, de forjar Andalucía.

En estas jornadas atraído me sentí por la “torna-lectura” de “*La velada en Benicarló*”, de don Manuel Azaña, que acaba de impulsar a nuestro distinguido paisano José Luis Gómez, el notable actor y director onubense, a la proeza de una sugerente versión teatral, en cuyo texto ha cooperado José Antonio Gabriel y Galán. Lo que en la escena representaría un gravamen digresivo, ha de cerrar aquí mis consideraciones, no sin prevenir que mentes castellanas sí han percibido –aunque sin captar del todo el fenómeno intrínseco, y hasta extrínseco, del mestizaje- la entidad crucial de Andalucía. Por boca de su letrado personaje, Eliseo Morales, escribe Don Manuel Azaña:

“Los españoles nunca han hecho ascos a las razas extrañas para cruzarse con ellas. *No solamente con cuantas han venido a nuestro país* (he subrayado esta frase en la reproducción...). En América nos hemos cruzado con indios y negros: nuestros tremendos hermanos portugueses, más aún. Pues bien: durante los siglos de la guerra contra moros la asimilación política y social no se logró; más cabal, se impidió rigurosamente, pese a los frecuentes cruces entre fieles e infieles, y a pesar, sobre todo, de ser los moros tan españoles como los cristianos. Pocos fueron los invasores. Habrían sido muchos, y su permanencia en la Península los hubiera españolizado prontamente. (Discúlpe-se otro paréntesis de subrayado. Los

judíos españoles, aseveré en un artículo que salió a la luz en México, instado por el hebreo italiano Doctor Silva, eran los más asimilados. De ahí su incurable nostalgia hispánica, en ello consiste la fidelidad sefardita. ¡Qué diferente rumbo, internacional, el de los judíos, de haber preponderado la “configuración anímica” española, mediterránea, a lo que infortunadamente ocurrió, el mesianismo eslavo... Mil perdones, cedo la palabra a don Manuel Azaña...). Los moros, en su mayoría, eran españoles secuaces de otra fe. Bastantes de ellos, de casta rural, convertidos al islamismo, *más rancios españoles que los soberbios godos ganadores de tierra y poder*. (¡Subrayó una vez más!). Abundaban las mezclas de sangre, pero en conjunto, como *nación*, se logró aislarlos, convencerlos de la diferencia, segregarlos y finalmente expulsarlos. Y no tan sólo del territorio, sino de la conciencia histórica de los *otros* españoles, de cuya enseñanza ha sido excluido durante varios siglos (notificó que vuelvo a subrayar...) *el conocimiento y hasta la simple noticia de la civilización andaluza de la Edad Media*. Caso gigantesco de secesión, originado de la intolerancia avasalladora que escinde con fronteras interiores la masa de un pueblo. Se condenó la nacionalidad en torno de un principio dogmático, excluyente de cualquier otra aportación para formarla”.

Releídas estas atinadas frases-ideas de don Manuel Azaña, ¿no se impone, recoger, sopesar, agrupar, estos eminentes y penetrantes criterios, valorativos y testimoniales, propios o de otras latitudes “interiores”? Nos ayudarán grandemente a fijar y acendrar la trayectoria y la conciencia de Andalucía.

Noviembre 1980.